
EL BÓSFORO.

Apenas estuvimos á bordo, vimos esparcirse sobre Constantinopla un velo gris, diseñándose sobre este velo las montañas de la Moravia, Hungría y los Alpes del Austria meridional.

Cuantas veces sube uno sobre la cubierta de un buque, se observa la mutacion de escena, donde se echa uno á la cara rostros nuevos y se escuchan acentos del país adonde uno se dirige.

Estamos aprisionados en estrecho círculo de semblantes alemanes que nos hacen sentir antes de tiempo la tristeza y el frio del Setentrion.

Nuestros amigos nos abandonaron ya: no divisamos sino tres pañuelos blancos que se agitan y ondean sobre ligero esquife que vuelve al puerto entre el desórden de cien barcas de toda especie enfrente de la Aduana.

Nos hallamos precisamente en el mismísimo puerto en el que se detuvo nuestra embarcacion siciliana al traernos á Constantinopla. Hace una

hermosa tarde de otoño, espléndida y templada. Jamás creo que nos ha parecido la ciudad de Constantino tan risueña y tan grande. Por última vez procuramos recoger la impresion de sus contornos y buscamos el modo de fijar en la memoria el conjunto de sus perfiles inmensos y sus ricos colores de ciudad de hadas. Derramemos la vista por la postrera vez sobre el maravilloso fondo del Cuerno de Oro, que pronto desaparecerá para siempre.

Ya se perdieron los blancos pañuelos... el buque se mueve... todo vá marchando... Scutari adelanta, Stambul se queda atrás, Galata gira sobre ella misma, como si se preparase para vernos partir y despedirnos... ¡Adios, Cuerno de Oro!... Un rápido avance del barco nos acaba de robar el barrio de Kassim-Bajá; otro nos arrebató á Eyub; otro la sexta colina de Stambul; ya desaparece la quinta; eseóndese la cuarta; desvanécese la tercera; piérdese como el humo la segunda; no queda sino la del Serrallo, que gracias al cielo no nos abandonará por algun tiempo.

Navegamos ya rápidamente en pleno Bósforo.

Pasa el cuartel de Top-Hané; pasa el de Fundclú; huyen las fachadas blancas y cinceladas de Dolma-Bagé; Scutari se divisa defumada por úl-

tima vez, juntamente con sus anfiteatros de jardines cubiertos de verdor y salpicados de casitas de campo...

¡Adios, Constantinopla, cara é inmensa ciudad, sueño de mi infancia, suspiro de mi juventud, imborrable recuerdo de mi existencia! ¡Adios bella é inmortal reina del Oriente! ¡Adios, y que el tiempo mude tu suerte, sin ofender tu belleza, y que mis hijos puedan verte un dia con la misma embriaguez del entusiasmo juvenil con la cual te he visto y ahora tē abandono!

*
*
*

La tristeza del adios no duró, sin embargo, sino pocos instantes, porque otra Constantinopla más vasta, más alegre, más hermosa, se extendía ante mis ojos á lo largo de veintisiete mil metros sobre las dos más lindas orillas de la tierra.

*
*
*

El primer pueblo que se presenta á la izquierda, colocado en la playa europea del Bósforo, es Bescik-Tass; destartalado poblachon turco, casi barrio de Constantinopla, que se asienta á la falda de suave ladera cerca de reducido puerto.

A su espalda, se abre un bello vallecito; el antiguo valle de los *laureles de Esteban*, de Bizancio, que se remonta hácia Pera. Entre las casas levantan su corona apretado grupo de plátanos, prestando sombra á la tumba del famoso corsario Barbaroja. Gran café atestado de gente avanza hasta sobre el agua, sostenido por verdadera selva de espesa empalizada. El puerto hállase rebosando barquillas; la playa rebosando personas; la colina cubierta de verdor; el valle lleno de alquerías y huertas.

Pero ya no reviste el mismo carácter constantinopolitano: ostenta la gracia y la alegría propia é inolvidable de las aldeas y caseríos del Bósforo. Las formas son más diminutas, el verde de la vejetacion más brillante, los colores, en general, más chillones. Constituye un puñado de casitas risueñas, suspendida entre cielo y agua; una aldehuela para enamorados y poetas, destinada á durar lo que una pasion ó un poema, plantada allí por capricho, en hermosa noche estival.

Todavía no se ha acabado de mirarla, cuando ya se aleja, y la sustituye el palacio de Ceragan, ó mejor dicho, una série de palacios de mármol

blanco, sencillos y magníficos, decorados por largas filas de intercolumnios, coronados por azoteas con barandillas caladas, sobre las que se alza un movible almenado vivo de blancas aves del Bósforo, y puesto de relieve todo ello por los verdes tonos de las lomas y cerros de entrambas orillas.

Pero hé aquí que sigue el caro tormento de ver huir belleza tras belleza en el tiempo en que se contempla una sola.

Mientras admiraba Bescik-Tass y Ceragan, vá fugitiva por la ribera opuesta asiática largo séquito de pueblecillos que quisiera uno comprarlos y llevárselos consigo para regalar á los chiquillos de las familias conocidas, pues son juguetes monísimos. Allá vá Kuzgunchiuk, pintado de todos los colores del arco iris, con su puertecito, donde cuenta la tradicion que abordara la juvenca Io (1), despues de haber atravesado el Bósforo para salvarse de los tábanos que Júnio le enviara. Allí corre Istauros con su linda mezquita de doble alminar; ya desaparece la residencia imperial de Beylerbey con sus techos cónicos y piramidales, sus tapias grises y sus paredes amarillas, que parece misterioso recinto de convento de princesas; ya se refleja en las aguas; ya se ve el monte de Bulgurlú... y todas estas aldeas, reunidas ó espar-

(1) Io, hija de Inaco, rey de Argos, y sacerdotisa de Júnio, á la cual convirtió en novilla Júpiter.

cidas á la falda de verdísimas laderas, ahogadas casi en medio de exuberante vejetacion que parece tiende á cubrirlas por completo, están unidas entre sí á manera de eslabones que se encadenan por guirnaldas de casas de campo, lindos caseríos, quintas deliciosas é interminables alamedas colocadas en zig-zags caprichosos, desde las cumbres de las lomas hasta el mar, cercadas de prados, circundadas de riachuelos canoros, de huertos en eterna primavera, y ora en pendientes abruptas ó suavísimas, ora en empinadas alturas ó en senos y hondonadas, y siempre matizadas de mil tintas de esplendorosa luz.

Preciso es resignarse á ver todo al vuelo, girando continuamente la cabeza á derecha é izquierda con regularidad de autómeta.

Salvado Ceragan, y á mano izquierda en la ribera europea, hállase la grande aldea de Orta-Kioi, por cima de la cual muestra su brillante cúpula la mezquita de la Sultana Validé, madre de Abdul-Azís, y presenta sus graciosos techos el palacio de Riza-Bajá á las plantas de un cerro,

coronado á su vez por las blancas y ligeras tapias del kiosco imperial de la Estrella.

Habitan Orta-Kioi muchos banqueros arménios, griegos y francos. En aquel momento arribaba el piróscafo de Constantinopla. Un tropel de gente desembarcaba, y otro esperaba el desembarque para ocupar los puestos vacantes y regresar á la capital. Véanse señoras turcas, europeas, empleados, frailes, eunucos, elegantes y sietemesinos, fez, turbantes, chisteras, hongos... una confusion carnavalesca que se nota á cada paso en las veinte estaciones del Bósforo durante la tarde principalmente.

Frente á Orta-Kioi, sobre la ribera asiática, brilla otro pueblecito: Cengel, "del áncora", llamado así por un áncora vieja que encontró en sus playas Mahomet II; y á su espalda se levanta el blanco kiosco de triste recordacion, desde el cual Murad IV, roído de feroz envidia, ordenara la muerte de cuantos pasaban cantando *alegres* por aquellos campos.

El coqueton pueblecillo de Kuru-Cesmé, situado en el lado europeo, queda ahora atrás: la antigua Anaplos, donde Medea, al desembarcar con Jason, plantara el célebre laurel; y volviéndonos otra vez al Asia, véanse las risueñas casas de Kulleli y de Vani-Kioi, próximos á un grandísimo cuartel que se mira en el borde de las aguas.

Detrás de los dos caseríos, eleva su frente has-

ta las nubes una masa enorme de verde, en cuya cúspide blanquea casi oculto por corpulentos árboles, el kiosco donde Soliman el Grande vivió tres años escondido en reducido torreón con objeto de sustraerse á las pesquisas de los espías y verdugos de su padre Selim.

Mientras buscamos los girones de la torre entre las copas de los árboles, pasa el buque por delante de Arnot-Kioi, pueblo de los albaneses, actualmente habitado por griegos, extendido en forma de media luna sobre la orilla europea, y en el centro de pequeña concha cuajada de velas latinas.

¿Pero cómo es posible verlo todo?

Un pueblo nos roba la vista de otro, una mezquita nos distrae de un hechicero paisaje, y mientras se miran pueblos y puertos, pasan en rápido torbellino palacios de Visires, de Bajás, de grandes señores, de grandes eunucos y de grandes señoronas; casas amarillas, azules y encarnadas, que nadan sobre el agua, revestidas de yedra, y otras trepadoras, cubiertas de aéreas galerías, rebosando flores, y entre bosquecillos poéticos de cipreses, álamos y naranjos; edificios cerrados en la parte superior de sus fachadas por frontispicios corintios y decorados por columnas de mármol

blanco; quintas suizas, casinos japoneses, palacios moriscos, kioscos turcos de tres pisos, sobresaliendo los unos de los otros, que suspenden sobre el azul del Bósforo sus enrejados balcones recubiertos de cristal en forma de cierres y pertenecientes á ricos harenas, y extienden sus escalinatas delante y sus jardincillos acariciados por la corriente; edificios que revelan por tales detalles la fortuna de sus propietarios, ó bien el triunfo de una mora jovencilla favorita, el éxito de una intriga, el alto cargo que mañana se perderá, una gloria que concluirá en el destierro y una riqueza que se evapora ó una grandeza que se derrumba: ¡todo eso puede leerse en cada una de aquellas mansiones del placer y de los amores, de la alegría y el poderío!

Casi no se señala un solo sitio en aquellos parajes donde no asiente sus reales una casa de campo.

Envuelve muchos puntos de analogía con el gran canal de una inmensa Venecia campestre.

Los pabellones, los kioscos, los cenadores, las alquerías, los palacios, se encuentran escalonados de tal modo, que aparecen los unos detrás de los otros como si estuvieran pegados á manera de bambalinas y bastidores de teatro, y adelantan ó se quedan atrás, mostrando en los intersticios todas las entonaciones posibles del verde, y dejando ver las líneas arquitectónicas interrumpidas

por copas de encinas, de plátanos, de pinos, de variadas especies de frutales, entre los cuales saltan los surtidores de las fuentes ó suben al cielo las agujas de los minaretes, ó resplandecen las cúpulas de las mezquitas, ó brillan los techos de los turbé y panteones...

Al volvernos hácia Constantinopla, todavía se distingue confusamente la colina del Serrallo y la cúpula de Santa Sofía, que renegrea sobre el límpido y dorado firmamento.

Entretanto se desvanece Arnot-Kioi, Vani, Kulleli, Cengel, Orta, cambiando el panorama incessantemente. Ahora parece que se está en un vasto lago.

Pequeña bahía se abre á la izquierda sobre la orilla europea; otra pequeña bahía á derecha sobre la orilla asiática; en direccion de la primera reclínase en semicírculo la bella villa griega de Bebek, á la sombra de corpulentos árboles, por entre los cuales sobresale la bella mezquita antigua y el kiosco imperial de Humaiun-Habad, donde en épocas pasadas recibían los Sultanes á

los embajadores extranjeros para secretas alianzas. Una parte de la ciudad se oculta en la espesura del bosque; otra se desparrama por las laderas de la montaña, cubiertas de encinas, y cerca de la famosa selva donde se encuentra un eco famosísimo que á las pisadas de un caballo responde con el estrepitoso ruido de un escuadron.

Es un paisaje delicioso capaz de encaprichar al más insensible; pero se olvida tan pronto como se vuelve la cara al lado opuesto.

La orilla asiática ofrece una perspectiva de paraíso terrenal.

Sobre ancho promontorio elévase en saliente arco el pueblecito de Kandilli, pintarracheado como los caseríos de Holanda, con su mezquita y su numeroso séquito de quintas. A su espalda luce orgullosa la frente coronada de flores, la colina de Iyadié con su torre almenada, espíando los incendios de entrambas riberas. A la derecha de Kandilli desembocan en la bahía y á corta distancia uno de otro, dos vallecitos: el del grande y el del pequeño *arroyo celeste*, entre los cuales brilla la encantadora pradera de las Aguas Dulces de Asia, cubierta de sicomoros, robles y plátanos, dominada por el riquísimo kiosco de la madre de Abdul-Megid, dibujado y esculpido al estilo del gran palacio de Dolma-Bagé que circundan á su vez altos jardines alfombrados de rosas. *El grande celeste arroyo* serpea entre Anaduli-Hissar, á la fal-

da de una altura que domina este último pueblecito, cuyas esbeltas torres del castillo de Bayaceto-Ilderim, desafía á otro castillo de Mahomet II, colocado enfrente en la orilla europea.

Todo este hermosísimo pedazo del Bósforo rebosaba alegre vida en el momento en que por él atravesé.

En la bahía de Europa se deslizaban centenares de barquichuelos, faluchos de vela, bergantines y barcos de vapor en direccion al puerto de Bebek; los pescadores turcos echaban las redes desde lo alto de castilletes formados por vigas cruzadas en medio de las aguas; un monitor de Constantinopla dejaba en tierra en la orilla europea multitud de señoras griegas, de lazzaristas, de alumnos de la escuela protestante americana y de familias, en fin, de todas clases, cargadas de envoltorios y bultos de toda especie. Al lado opuesto se distinguían con el anteojo grupos de señoras musulmanas que paseaban á la sombra de la alameda de Aguas Dulces, ó que sentadas en círculo en el borde del *celestial arroyo*, charlaban y reían, mientras gran número de esquifes y fustas morunas, llenos de turcas y turcos, iban y venían en rápido vuelo de un punto á otro de las playas.

¡Parecía una fiesta!

Había en todo aquello un algo pastoril y amoroso, gentilico y de idilio clásico, que daba ganas

de tirarse del barco y llegar á nado á una de aquellas dos playas, y plantarse allí en medio exclamando:—¡«Suceda lo que quiera, no me dá la gana de marcharme de aquí, y aquí moriré en medio de esta sublime felicidad musulmana!»

*
*
*

De repente, el espectáculo cambia y la fantasía emprende diverso vuelo.

El Bósforo se extiende recto delante de nosotros, presentando la vaga imágen del Rhin, pero de un Rhin hecho gentil y clásico, teñido con los colores calientes y pomposos de los paisajes orientales.

A la izquierda, un cementerio cubierto por cipreses y pinos, rompe las líneas de las casas, hasta entonces no interrumpida; y de pronto, cerca de las faldas del montecillo peñascoso de Hermaion, se levantan las tres grandes torres de Rumili-Hissar, el castillo de Europa, circundado por avanzadas de fortificacion y torreones que bajan en severa y al par pintoresca escalinata de ruinas, hasta ribetear con sillares el borde de las aguas. Es el famoso castillo que erigió Mahomet II.

año antes de la toma de Constantinopla, á pesar de las calurosas manifestaciones de Constantino, cuyos embajadores, segun todos saben, fueron rechazados con amenaza de muerte.

Aquel es el punto en el cual la corriente es más impetuosa (por lo que los griegos la llamaron *gran corriente*, y los turcos la corriente de Satanás), y es al propio tiempo el sitio más estrecho del Bósforo, no distando una de otra orilla sino poco más de quinientos metros. Allí fué arrojado por Mandocles de Samos el puente de barcas, sobre el cual pasaron los setecientos mil soldados de Darío, y por allí tambien se cree que pasaron *los diez mil* de vuelta para el Asia. Pero no se conserva ni rastro de las dos columnas de Mandocles, ni del trono socavado en la roca del monte Hermaion, desde el cual el Rey persa asistió al paso de su ejército. Un pequeño pueblo turco sonríe secretamente acurrucado á los piés del castillo, y la orilla asiática bulle siempre ante la vista, verde y alegre. Es una procesion continua de casitas, barcos, huertecillos, valles, pequeños senos solitarios casi cubiertos por gigantescas ramas, bajo las cuales pasan lentamente velas latinas de barcas de pescadores; sucedense las praderas en suave declive, y pequeñas rocas y diminutos riscos bordan los jardines revestidos de hiedra...

De repente, salta fuera en el lado asiático Kanliché, pueblo enteramente rojo, situado entre

dos promontorios de piedra viva, contra los cuales se estrella la onda amarga con estrépito continuo. Aquí vuelven á aparecer los jardines en anfiteatro, y las casas de campo, entre las que descuella aquel palacio encantado del célebre Fuad-Bajá, diplomático y poeta, vanidoso, voluptuoso y elegante, llamado «el Lamartine otomano.» A corta distancia luce sus hechizos Balta-Liman en la embocadura de amenísima cuenca, por donde baja hasta el puerto un riachuelo, y cuyos edificios preside el clásico palacio de Rescid-Bajá. Sigue la pequeña bahía de Emir-Guian-Ogli-Bagecé, verde esmeralda, donde lamen las aguas los cimientos de la nítida mezquita, á quien sirve de corona enorme globo dorado erizado de puntas como rayos de sol.

Interin el barco corta las aguas aproximándose ora á una, ora á otra ribera, veo infinitos particulares del soberbio paisaje; aquí, el vestibulo del *selamlík* de una rica casa turca, abierto en la playa, y en el fondo, distingo á un obeso mayordomo que fuma recostado en un divan; allí, un eunuco de pié en el último escalon de la gradería exterior de una quinta, ayuda á dos turcas veladas á bajar á un cáique; en estotro lado, un jardincillo rodeado de seto vivo, y casi enteramente cubierto por gran plátano á manera de sombrilla, y á su pié reposa con las piernas cruzadas un viejo turco de barba blanca, meditando sobre el Coran; por aque-